

1 COPIA ETC
septiembre 29, 1960.

Sr. D. Carlos Trouyet
Avenida Juárez 14 - 209
México 1, D.F.

Querido amigo Trouyet:

La última vez que tuve la fortuna de encontrarlo, me permití anunciarle que lo pasaría a ver a su oficina para puntualizar la forma que tendría la ayuda de un anuncio para FORO INTERNACIONAL, que yo le había pedido allá por junio, y que usted me ofreció después.

Me tardé un poco en buscarlo, pues entre mi petición de junio y los últimos días, el problema financiero del Colegio de México se había hecho patente y grave. Estuve entonces coqueteando con la idea, no de confirmar la petición de un anuncio de quinientos pesos, sino de invitarlo a acaudillar una campaña para conseguir trescientos mil pesos que le hacen falta al Colegio tanto como el agua al sediento.

Debo agregar aquí un detalle: a fines del año pasado hablé con los miembros de la Asamblea de Socios Fundadores y con los de la Junta de Gobierno del Colegio de México acerca de la necesidad de llenar una vacante que existía (y que existe todavía) en la Junta, con un hombre de negocios inteligente, generoso y con gusto por la cultura. Hablamos de posibles candidatos y yo propuse el nombre de usted. Un alto funcionario del Banco de México que asistía a aquella reunión, nos informó entonces que usted había regresado enfermo de algún viaje a Estados Unidos, y con órdenes médicas de guardar un reposo absoluto y prolongado.

Desistimos, como es natural, de echarle a usted semejante carga; pero al verlo retornar a una vida normal, me volvió la idea. Por eso llamé a su oficina el lunes pasado, para pedirle una cita; no estaba usted y no me llamaron de nuevo --cuando usted se encontraba en ella, como me lo ofrecieron. Me disponía ayer martes a insistir en mi llamada telefónica cuando supe que usted andaba acaudillando una colecta de cerca de cuarenta millones de pesos para ... ¡la Universidad Iberoamericana! Irlo a ver a usted en estas condiciones con nuestra petición, parecía --y era-- de lo más inoportuno.

Antes de seguir adelante, debo reconocer, mi querido don Carlos, que el conocimiento o la amistad que tengo con usted son tan precarios, que escribirle esta carta es una franca impertinencia, pues, después de todo, cada quien hace con su dinero lo que quiere, que para eso y por eso es suyo. Déjeme usted que le explique, sin embargo, que yo, lejos de haber dedicado mi vida a hacer, o intentar hacer dinero, o atrapar puestos políticos y administrativos, la he consagrado desinteresadamente a obras de cultura: a enseñar en la Univer-

sidad Nacional con sueldos de doscientos pesos mensuales desde que tenía diecisiete años de edad; a crear, sostener y ampliar, El Trimestre Económico y el Fondo de Cultura Económica; la Casa de España y El Colegio de México; las revistas de Historia Mexicana y ahora Foro Internacional; a escribir la Historia Moderna de México, etc.

En todas esas empresas me encontré siempre con la necesidad de acudir a la caridad pública, porque de otro modo no hubieran nacido o no se habrían desarrollado. Conozco, pues, por experiencia propia, la falta de generosidad y la incompreensión del rico mexicano. He estudiado de cerca, además, los pocos experimentos que ellos han hecho en el campo de la educación, los casos, por ejemplo, de los Tecnológicos de Monterrey y México.

Alguna vez hablé sobre éste último con don Raúl Bailleres, muy dolido entonces del fracaso total de la escuela de economía, y cuando me pidió alguna explicación de él, le dije con franqueza que todavía seguía rigiendo en la sociedad moderna el principio de la división del trabajo, de modo que mientras ustedes eran magníficos en el arte de hacer dinero, no podían serlo como creadores o impulsores de obras educativas, que debían planear y dirigir los intelectuales. Veo ahora confirmada en el caso de usted aquella reflexión, que le hice a don Raúl Bailleres hace ya diez años.

Amigo Trouyet: a la edad que usted tiene y a la que tengo yo, con toda la experiencia que hace obvia una historia de siglos, no nos podemos engañar con la idea de que los jesuitas están interesados en fomentar la cultura de México. En lo único en que lo están es en una labor de proselitismo, y ni siquiera cristiano o católico, sino estrictamente jesuítico. Por eso, el enorme esfuerzo que usted en persona hace, la cantidad colosal de dinero que van a gastar usted y sus amigos, ¿quién la va a agradecer? Ni siquiera los católicos, porque usted sabe que la jerarquía católica de nada es más celosa que del engrandecimiento de la Compañía de Jesús. La opinión pública del país tampoco, porque dirá que el rico mexicano ayuda interesadamente a fortalecer a los elementos reaccionarios del país.

Y no le quiero decir a usted que la conducta de ustedes puede provocar una reacción política vivísima. Usted sabe, sin duda, que toda la vida de la Universidad Iberoamericana pende del hilo delgado de la incorporación que le otorga la Universidad Nacional de México. Esa incorporación puede cancelarse en menos de veinticuatro horas, con el resultado de que la Universidad Iberoamericana se despoblará en otras veinticuatro horas, pues nadie querrá estudiar en una institución cuyos títulos y certificados de estudio carecen de toda validez.

Piense usted también en las famélicas universidades de provincia, que viven con la queja en los labios de que el gobierno federal no les ayuda bastante. ¿Cree usted posible que reciban bien la noticia de que esa suma enorme de dinero ha ido a parar a otras

manos que no sean las suyas? Yo sé que una de las razones "técnicas" --llamémosla así-- que se dan para justificar esa colecta, es la de que la Universidad Nacional no puede ya atender las masas cada vez mayores de estudiantes que año tras año caen sobre ella. Pero aquí saltarán las embestidas de provincia diciendo --como lo han dicho y repetido en los últimos diez años-- que al estudiante foráneo hay que detenerlo en su lugar de origen, y que esa es, precisamente, una de las mil razones por las cuales deben ser fortalecidas ellas y no ninguna universidad de la Capital.

Usted me dirá que, a pesar de todo esto, es un hecho que nadie ha protestado hasta ahora contra la fundación y la prosperidad de una universidad jesuita, y que, en consecuencia, nadie protestará porque reciba ahora tantos millones de pesos. Permítame que le diga que yo conozco bien la historia de la fundación de esa Universidad, y sé, en consecuencia, qué apoyos políticos tuvo entonces y tiene ahora. A pesar de ello, usted tendrá que convenir en que nadie puede predecir en el México de hoy qué puede pasar mañana o pasado, según hemos podido ver en los desbordamientos anárquicos de los últimos tres años. En todo caso, yo me permitiría hacer con usted una apuesta a que antes de cinco años este problema de la Universidad Iberoamericana estallará como un problema político en las plazas y en las calles de la ciudad de México.

Pero hay mil cosas más, aun cuando sólo a una quiero referirme: ¿está usted convencido de que la Universidad Iberoamericana, no ya como institución política, sino educativa, merece ésta o cualquiera otra ayuda? Mis informes son en el sentido de que tiene una población escolar más inestable y peor preparada todavía que la de la Universidad Nacional; que su profesorado es mediocre, salvo cuando procede de la Universidad Nacional, como es el caso de la escuela de ingeniería; y como tiene que sujetarse a los planes de estudio de ésta, no representa, ni puede representar, aun queriendo y pudiendo, un elemento de renovación y de mejoramiento de la enseñanza universitaria del país. Y reina en ella --no, claro, en las clases de química o de ingeniería, sino en las humanidades y las ciencias sociales-- un tono oscurantista verdaderamente cómico. Me ha referido un profesor de derecho civil de la Universidad Nacional que una estudiante de la Iberoamericana a la que examinaba se negó a contestar la ficha sobre el código napoleónico que le había tocado, alegando que ese instrumento jurídico era obra de ateos o de herejes.

Una palabra última pondrá fin a esta carta, tan larga como impertinente, sobre los motivos que me han llevado a escribirla. Me ha dolido inmensamente, por supuesto, que el pobre Colegio de México, con una obra hecha, tangible e indiscutible, sin mira alguna, política o religiosa, no pueda recibir la ayuda de usted y de ustedes; pero le ruego creerme que todavía me mueve más el dolor de verlo cometer a usted un error tan serio y tan peligroso como éste.

Lea usted mi carta, pero ni siquiera se moleste en contestarla, pues es solo un testimonio privado, que quiere dejar en sus manos un amigo.